



## La condición alienada en *El verbo J* de Claudia Hernández

IGNACIA KRAMM<sup>1</sup>

*El verbo J* de Claudia Hernández es una novela que se construye en torno a la experiencia de vida de el/la protagonista llamado/a J o Jasmine. La construcción de la identidad y las experiencias de J se definen por el tránsito continuo. Transita en el tiempo, desde su niñez hasta su adultez. Desde su país de origen hacia otros, y desde su identidad masculina no definida hacia su identidad concreta, disidente y femenina. El relato se compone de eventos relacionados con la crueldad, la violencia y la discriminación que vive durante el tránsito. Sin

embargo, al final de la narración el/la protagonista forma los vínculos necesarios para sentirse a gusto con su identidad y su entorno.

Podemos considerar que J se encuentra en un estado discontinuo respecto de su identidad. Esto se manifiesta en el relato por la combinación entre las estrategias textuales y el contenido para moldear la novela. A través de la polifonía narrativa, del uso del estilo indirecto libre, la ambigüedad de las voces y la desaparición de nombres propios, “se atraviesa, cruza y transita por distintos espacios, tiempos, identidades, y grupos sociales, alterando distintas fronteras y divisiones” (Reyes 2). Esta falta de estabilidad y limitaciones es lo que forma la identidad de J como una figura alienada por su carácter *trans* respecto de la identidad nacional, cultural y de género.

J nace en una zona vulnerable y periférica de Guatemala, en una familia de escasos recursos. Ya en las primeras páginas del

---

<sup>1</sup> Estudiante de la Licenciatura en Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado.

relato se expresa la diferencia y falta de pertenencia del protagonista, en el momento de su nacimiento cuando la partera le dice a su madre “A este niño va a tener que tratarlo distinto al resto. ¿Tiene algo malo? Está en el sitio equivocado, respondió” (Hernández 7). La diferenciación que se menciona, como veremos, se podría interpretar de muchas maneras.

La frase “estar en el sitio equivocado” se puede interpretar como un estado de alienación desde su nacimiento, el cual está determinado por el sistema que oprime a las múltiples dimensiones que construyen su identidad. Por una parte, siguiendo las observaciones de Marie Schoups, la identidad de género del protagonista se caracteriza por ser disidente, “ya que la heroína parece caber en la categoría del ‘*queer* child’, [que] consiste en la problematización de la relación entre sexo biológico y la identidad de género y la superación de binarismos rígidos” (100). En su entorno familiar y social, J es discriminado por tal condición debido a que “los demás personajes le hacen percibir su ‘otredad’, por ejemplo, al llamar la atención sobre costumbres que se consideran femeninas y, de ahí, inaceptables para un varón, como la preferencia por el color rosa o el modo afeminado de moverse” (Schoups 100). Un ejemplo de esto es la situación con su padre, que alcohólico y violento, intentó matarla muchas veces y para salvarlo su madre “la expulsa de lo doméstico” (Schoups 99). En ese sentido, la identidad de género del protagonista constituye la primera dimensión subalterna de su identidad que lo hace vivir un prolongado estado de alienación.

Por otra parte, la precariedad de la economía familiar constituye la segunda dimensión excluyente de su identidad. La situación económica obligó a J a insertarse en el mundo laboral desde una edad muy temprana: “El hecho de que se me estuvieran

cayendo los dientes era señal de que incluso podía trabajar de noche” (10). Entonces, podemos decir que la pobreza es un factor relevante en su identidad porque determina muchas situaciones del relato. Conforme iba creciendo, aumentaba el peligro y el riesgo para él/ella, ya que en la escuela era discriminado y duramente castigado por su actitud afeminada, la situación con su padre y la pobreza eran cada vez peores y corría el riesgo de ser reclutado por la guerrilla de El Salvador. Por lo que su madre le señala que “sería mejor que, tan pronto como pudiera, me enviara a un sitio donde en verdad estuviera a salvo” (Hernández 8). Podemos concluir que es por esa riesgosa situación, que ni dentro ni fuera de su casa tenía un lugar seguro ni un lugar de pertenencia.

Todo esto constituye el comienzo de la experiencia subalterna, que impulsa el tránsito del protagonista por razones económicas, sociales, de edad e identidad de género. Dentro del relato, se construye la experiencia vital de J como una transgresión a la norma que es duramente oprimida. En ese sentido, podemos interpretar que el aislamiento, la marginación y la violencia que sufre Jasmine se puede leer desde la perspectiva interseccional, ya que los factores identitarios de clase y género en el relato se imbrican afectados por un sistema social discriminador.

De acuerdo con lo anterior —cabe agregar que la migración se presenta como una clara alternativa de escape para el/la protagonista— J impulsado por el peligro y la pobreza, cruza la frontera entre su país (El Salvador) y México para encontrar a sus hermanas que también migraron en la búsqueda de una vida mejor. Sin embargo, J solo viviría eventos desafortunados allí, pues es apresado por un grupo de hombres que abusan sexualmente de él/ella y lo obligan a trabajar en un restaurante. Afortunadamente, después de mucho tiempo en ese lugar, es rescatado por unos

estudiantes que lo ayudan a comunicarse con sus hermanas que, eventualmente, cruzarían a Estados Unidos.

Podemos inferir que la violencia que J sufre en México es dada por la confluencia de los factores de edad, origen, género y clase socioeconómica. Por una parte, su pobreza y falta de red de apoyo familiar limita la capacidad de poder acceder a un viaje “normal” y a un lugar seguro al que llegar. Además, el/la protagonista se encontraba a la deriva por la falta de experiencia dada por su temprana edad, falta de dinero y falta de un soporte familiar. Por otra parte, existe una cultura machista de abusos asociados al género femenino, lo cual sitúa a la mujer como un sujeto con potencial de ser abusado sexualmente. En ese sentido, podemos decir que la identidad de género disidente que se materializa en su actitud afeminada, que a su vez se considera como vulnerable según el estereotipo asociado a la mujer, es un factor que lo determina también como sujeto potencialmente víctima de abusos. En su caso solo tenía la opción de confiar en el prójimo, el cual está arraigado a las dinámicas de las relaciones de poder y la violencia.

A pesar de que en Estados Unidos la vida de J parece prometer un “futuro más positivo”, no termina de experimentar abusos, violencia y discriminación. En su país de origen, su identidad transgénero fue la razón por la que fue víctima de violencia, a la vez que influyó en la decisión de migrar. Luego, viviendo en un nuevo país se vuelve más consciente de su transexualidad gracias a su hermana que le dice “Habrías sido una chica muy linda. ¿Lo dices en serio? Siempre lo has sido. Sabes que siempre me han golpeado por eso. No más. No acá, corazón. ¿Has visto? Se puede ser como eres acá” (Hernández 82). Sin embargo, durante su estancia en Estados Unidos, nuevamente es abusado por muchas personas. Por ejemplo, cuando J es secues-

trado por unas horas y abusado por un grupo de “gringos”. Como sabemos, en una de esas experiencias de abuso sexual es que J se contagia con el virus que suponemos se trata del VIH. Además, J es abusado por un hombre mayor que le paga por sexo. En concordancia con las palabras de Sebastián Reyes, “es así como su cuerpo latino y transgénero, es sacrificado como mercancía para generar las remesas del hogar, donde sin embargo no será aceptado por la madre” (Reyes 12). Para colmo, el recorrido de J por varias iglesias en su búsqueda espiritual culmina con su expulsión debido a su identidad sexual.

Según el concepto de diáspora propuesto por Abril Trigo en *Migrancia: memoria: modernidad* (2000), que define al sujeto diaspórico como una figura que representa a personas o grupos que han experimentado desplazamientos forzados o voluntarios, por causas de diversa naturaleza y generalmente hacia contextos culturales, sociales y geográficos distintos de su lugar de origen, podemos decir que él/la protagonista es un sujeto que pertenece a la diáspora latina y *queer* en Estados Unidos. Allí, J se encuentra en un estado de limbo o suspensión cultural, sin pertenecer completamente al aquí-ahora (Estados Unidos) ni al allá-entonces (El Salvador). J se identifica en muchas ocasiones como hispano (en contraposición a la comunidad angloamericana), ya que pertenece a dicha comunidad por su origen. La narración de J enfatiza en la diferencia que percibe con el nuevo entorno en muchos aspectos, tales como: el color de piel, el idioma, costumbres, calidad de vida e incluso superioridad de la comunidad estadounidense que lo recibe. Por ejemplo: “Eso es lo que me protege de la magia de los de por acá. Es mala la magia de los americanos. Si no te cuidas, te lleva [...]. Ellos eran los que daban las órdenes. Ellos eran los que decidían si todo terminaba allí o lo dejaban seguir” (112). Es interesante que, además, la cita denota una conciencia

que corresponde con la relación de poder imperialista entre Latinoamérica y Estados Unidos.

Durante el proceso de aceptación y adopción de su nueva identidad, J reconoce y acepta que es una mujer y que quiere lucir como tal. Una vez identificado con su imagen de Jasmine, decide hacer un primer viaje de retorno a El Salvador para volver a ver a su familia y visitar la casa que, con mucho esfuerzo y mediante el abnegado envío de remesas, compró para ellos. En este nuevo tránsito, Jasmine es acompañada por una de sus hermanas, quien la apoya en su decisión de presentarse en su hogar haciendo gala de su nueva identidad femenina. Sin embargo, esta visita, que J esperaba fuera un reencuentro familiar amoroso, se convierte en una nueva decepción, ya que su madre y su hermano no la dejan entrar vestida como mujer a su propia casa (142) de modo que J es rechazado/a mientras manifieste públicamente su nueva identidad femenina. Esta nueva marginación por parte de su propia familia puede interpretarse como un factor adicional que provoca la alienación de Jasmine, ya que se fractura su pertenencia principal, es decir, la relación con el hogar que lo vio nacer. A la vez, esto representa la anulación de la conexión con el entorno que lo vio crecer. Sin embargo, veremos que el personaje podrá salir de esa situación a través de la autoaceptación y la formación de nuevos vínculos significativos con personas que lo aceptan tal como es y lo integran provocando en él un sentido de pertenencia.

Como hemos visto, aunque J se embarca en la búsqueda de un lugar en el mundo que le dé identidad, seguridad y pertenencia, por más fronteras que transite, y a pesar de que logra asociarse con comunidades también marginadas, siempre queda sometido a un estado de alienación. De acuerdo con esto y desde una perspectiva interseccional,

vemos que el relato sugiere que la integración de J con su entorno en general se anula por el entrecruzamiento de las diferentes modalidades de dominación que recaen sobre él transformándolo en un sujeto alienado y en una víctima del sistema. La necesidad de J de ser parte de algo no queda satisfecha porque no puede volver a habitar su casa en El Salvador, además, debe regresar a habitar una casa en el extranjero que tampoco es su casa. Quiera o no —y prestando la idea de Forero— hay en el personaje una sensación de que el mundo no le responde, una especie de extrañeza, una imposibilidad de cancelar el sentimiento de implicación de que el mundo es la propia casa. (220)

Como afirma José Rojas, la influencia de los sistemas de dominación en la construcción de la identidad del personaje nos muestra que “el foco, en el caso de *El verbo J*, no está en este tipo de violencia [...], sino, como hemos dicho, en la violencia estructural y simbólica que atenta contra las vidas de los miembros de esta familia, principalmente contra la del protagonista” (Rojas 6). La violencia que J experimenta a lo largo de su vida es el resultado de la opresión de los sistemas de dominación que lo llevan a vivir un estado de alienación prolongado, aunque no permanente.

Hacia el final del relato se muestra cómo J es capaz de superar la fracturada relación que tiene con su mundo. J es parte de la comunidad de contagiados, “donde refuerza sus lazos de solidaridad hispanos” (Reyes 10), crea lazos de amistad y encuentra una nueva “familia” a la que pertenecer. Además, en su segundo viaje a El Salvador, en el funeral de su madre, puede reconciliar la relación conflictiva con su familia, y en especial, consigo mismo/a, lo cual se refleja en el funeral cuando desafía a su madre en un escenario ficticio/imaginario:

La verdad, no podía saber quién era quién ahí. A mucha gente que llegaba a saludarla con familiaridad no la recordaba para nada.

Su madre se habría enojado mucho. Ni muerta te quiero ver con él, se habría levantado a decirle. Él no habría hecho caso esa vez. Le habría dicho Mamá, yo puedo hablar con quien quiera. Si usted no quiere verme hablar con él, dese la vuelta o vuelva a su cajón. Entre muertos podían decirse las verdades sin temer represalias.

¿Qué más podía ella quitarle? (168)

Además, a partir de la cita, podemos ver la autoconcepción de J como un sujeto alienado a través de la imagen y sentimiento de sí mismo como casi un muerto cuando dice “entre muertos podían decirse las verdades” (168). A pesar de ello, mediante la figura de J, la obra nos muestra la capacidad de resistir a las normas sociales de una sociedad opresora. La actitud desafiante de J en la cita corresponde con su estado de alienación y su necesidad de restaurar su relación con el mundo ya que para un sujeto en estado de alienación esta “implica que la relación con el mundo y con el otro se mantiene, aunque distorsionada, lo cual implica la posibilidad de restaurar o revivir una relación no alienada” (Forero 220).

Aunque desde otras lecturas, como la de Reyes, la novela nos muestra un paisaje desolador, ya que el relato sugiere que J “permanecerá entre el pasado y el presente, volviendo sin volver, amando a alguien que nunca pudo realmente amar, existiendo en un tiempo y espacio de soledades y extranjerías” (15). Desde la perspectiva de este trabajo, la novela nos muestra un paisaje optimista. Pues, al final, a pesar de todas las adversidades que vivió J en los múltiples tránsitos, pudo encontrar una

pertenencia en la comunidad y sus amigos *queer*; en su mejor amiga, con quien tuvo un hijo para su hermana (una de las gemelas) que no nunca pudo tenerlos ella misma; reconcilió los lazos con su familia en El Salvador; y por último, existe la esperanza de un nuevo amor en la llamada que le hizo el niño del asentamiento (su primer amor) para proponerle una cita, donde se sugiere que él puede ser su nuevo hogar (182).

Finalmente, la identidad de J, en constante transición, refleja una discontinuidad respecto de su identidad social, lo cual se manifiesta a través de su vida marcada por el tránsito geográfico, de género y temporal. El análisis de la novela muestra cómo la opresión de un sistema social discriminador en la construcción de la identidad de J lo sumerge en un estado de alienación. Desde su infancia, su identidad disidente de género, su origen y su condición económica precaria lo colocan en una posición de vulnerabilidad extrema frente a las dinámicas de poder y violencia. Estos factores lo obligan a migrar. En el tránsito experimenta abuso y violencia debido a su género, etnia y pobreza. En su nueva vida en Estados Unidos, aunque encuentra una mayor aceptación de su identidad, sigue enfrentando discriminación y violencia, lo cual muestra dos elementos importantes. Por un lado, cómo las estructuras de poder lo continúan oprimiendo. Por el otro, cómo dichas estructuras se siguen perpetuando en el tiempo y el espacio, fuera como fuese.

La novela presenta un escenario desolador, pero no carente de esperanza. A lo largo del relato de su vida, J es capaz de formar vínculos significativos que le permiten encontrar una forma de pertenencia y seguridad; aunque su relación con el mundo sigue siendo fragmentada, logra una unidad en la autoaceptación. Esto demuestra que, a pesar de que el estado de alienación persiste, existe un potencial para restaurar relaciones

no alienadas, tal como sugiere Forero Pineda.

En síntesis, la obra de Hernández no solo expone la violencia estructural y simbólica que afecta a los individuos subalternos, sino también su capacidad de resistencia y sobrevivencia. La interseccionalidad nos ayuda a comprender la influencia de la intersección de las diferentes formas de dominación en la construcción de la identidad alienada de el/la protagonista. Para futuras investigaciones, se podrían explorar varias áreas relacionadas con la obra de Claudia Hernández y el tema de la alienación desde una perspectiva interseccional, en la que se puedan integrar los estudios de memoria y la teoría de los afectos para profundizar en la comprensión de la manera en que las experiencias traumáticas y las emociones influyen en la construcción de la identidad y la alienación en personajes literarios.

*Imagen de este archivo: "Tulips" de Robert Mapplethorpe.*

## Referencias

- Forero-Pineda, Fernando. "¿Qué es alienación? Perspectivas para la actualización de un concepto del pensamiento social crítico". *Praxis Filosófica*, no. 52, 2021, pp. 203-224.
- Hernández, Claudia. *El Verbo J*. Laguna Libros, 2018.
- Reyes, Sebastián. "El viaje transliterario en la novela *El Verbo J* (2018) de Claudia Hernández". *Revista Letral*, n° 29, 2022, pp. 31-47.
- Rojas, José. "Representaciones de la violencia: familia, identidad trans, migración y 'enfermedad' en *El verbo J* (2018), de Claudia Hernández". *Cuadernos de Literatura*, vol. 26, 2022.
- Schoups, Marie. "Trans-gresiones fronterizas e identitarias en *El verbo J* de Claudia Hernández desde una perspectiva narrativo-sensorial". *Istmo: Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, no. 42, 2021, pp. 96-114.
- Trigo, Abril. "Migrancia: memoria: modernidad". *Nuevas perspectivas desde/ sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Cuarto Propio, 2000, pp. 273-291.